

Por la autora de *El tatuador de Auschwitz*

Heather Morris

Unidas por el sol naciente

Basada en la emocionante historia real
de las mujeres que sobrevivieron en los campos japoneses
durante la Segunda Guerra Mundial.

HEATHER MORRIS

UNIDAS POR EL SOL NACIENTE

Traducción de María José Díez Pérez



1

SINGAPUR

FEBRERO DE 1942

—¡No quiero irme! Por favor. Por favor, no nos obligues a irnos, Norah.

Los gritos de Ena Murray quedan amortiguados por los alaridos de mujeres y niños, las explosiones que se producen a su alrededor y el ruido estridente de los aviones de combate japoneses en el cielo.

—¡Corred! ¡Corred! —imploran los padres a sus hijos, pero es demasiado tarde. Otro proyectil da en el objetivo y el barco de los aliados fondeado en el muelle de Singapur salta por los aires.

Mientras cae una lluvia de metralla, el marido de Norah, John, y el de Ena, Ken Murray, se agachan junto a sus esposas, protegiéndolas de los restos que salen despedidos. Pero quedarse quietos no es buena idea. Ken ayuda a las hermanas a levantarse mientras John, que respira con dificultad, intenta ponerse de pie.

—Ena, tenemos que subir a bordo, ¡tenemos que irnos ahora mismo!

Norah sigue implorándole a su hermana que suba al *HMS Vyner Brooke*. A su alrededor reina la confusión, un terrible apremio por alejarse todo lo posible de ese caos, hallar refugio. Norah se permite abrazar un instante a su esposo. John aún debería estar en el hospital; se encuentra muy débil y casi no puede respirar, pero utilizaría las últimas fuerzas que le quedasen para proteger a esas dos mujeres.

—Ena, por favor, escucha a tu hermana —pide Ken—. Tienes que marcharte, mi vida. Yo volveré con tus padres, te prometo que cuidaré de ellos.

—Son nuestros padres —replica Norah—. Somos nosotras las que deberíamos cuidar de ellos.

—Tienes una hija en alguna parte, Norah —aduce Ken—. John y tú tenéis que encontrar a Sally. Y también debéis cuidar de Ena por mí. —Ken sabe que es el único que se puede quedar en Singapur para ocuparse de sus suegros. John está muy enfermo, igual que el padre de las mujeres, James, aunque el estado de este es demasiado grave para intentar marcharse. Margaret, la madre, se ha negado a abandonarlo.

Otra bomba cae cerca y todo el mundo se agacha. Tras ellos, Singapur arde; delante, el mar está plagado de los restos en llamas de buques y barcos, grandes y pequeños.

—¡Marchaos! Marchaos mientras podáis. Si el barco no zarpa ya, no saldrá del puerto, y vosotros tenéis que estar a bordo. —Ken grita para hacerse oír. Besa a Norah, le aprieta el brazo a John y abraza con fuerza a Ena y la besa una última vez antes de empujarla hacia el barco.

—Te quiero —exclama Ena con la voz rota.

—Salid de este infierno. Encontrad a Sally. Encontrad a Barbara y los chicos. Yo iré en cuanto pueda —asegura Ken mientras los ve alejarse.

Norah, John y Ena se encuentran ya entre la multitud de pasajeros, obligados a avanzar por el muelle hacia el barco.

—Sally, tenemos que buscar a Sally —farfulla John, a quien le fallan las piernas. Norah y Ena lo cogen cada una por un brazo y continúan avanzando.

Norah se ha quedado sin palabras. A la cabeza le viene el llanto de su hija mientras camina a trompicones hacia su destino.

—No me quiero ir. Por favor, deja que me quede con vosotros, por favor, mami.

Unos días antes había subido a Sally, de ocho años, a un barco distinto y la había enviado lejos.

—Sé que no te quieres ir, tesoro mío —le había dicho intentando persuadirla—. Si hubiese alguna manera de estar juntos, lo haríamos. Necesito que seas fuerte por mí y te vayas con la tía Barbara y tus primos. Papá y yo estaremos contigo antes de que te des cuenta, en cuanto se ponga mejor.

—Pero me prometiste que no me mandarías fuera, me lo prometiste.

Sally estaba a su lado; tenía las mejillas congestionadas y llenas de lágrimas.

—Sé que te lo prometí, pero a veces los padres tienen que romper las promesas para que sus hijas estén a salvo. Te prometo...

—No lo digas. No digas que prometes algo cuando sabes que no lo puedes cumplir.

—Vamos, Sally, ¿le das la mano a Jimmy? —pidió Barbara, la hermana mayor de Norah y Ena. Habló con ternura a su sobrina, lo cual proporcionó cierto consuelo a Norah: Sally estaría a salvo con su familia.

—No miró atrás ni una sola vez —musita Norah para sus adentros mientras camina—. Subió al barco y desapareció.

Al otro lado de la zona acordonada del muelle se reúnen los pasajeros cuya documentación está en regla. Entre ellos hay adultos aterrorizados y niños quejumbrosos; todos cargan a duras penas con el peso de sus pertenencias más preciadas.

Un grupo de enfermeras del ejército australiano agitan sus documentos ante los funcionarios, que las instan a cruzar la zona acordonada. Se hacen a un lado mientras los civiles pasan por delante antes de que otro grupo de mujeres con el mismo uniforme franquee la verja. Las enfermeras que acaban de reunirse se abrazan y se saludan como amigas que no se ven desde hace tiempo. Entre las recién llegadas se abre paso una mujer menuda.

—Vivian, Betty, ¡aquí! —las llama.

—Mira, Betty, ¡es Nesta!

Las tres mujeres se abrazan. Las enfermeras Nesta James, Betty Jeffrey y Vivian Bullwinkel trabaron una sólida amistad en Malasia, país al que las habían destinado para asistir a soldados aliados antes de que el

ejército japonés lo invadiera. Como todos los demás, se habían visto obligadas a huir a Singapur.

—Cuánto me alegro de volver a veros —afirma Nesta, rebotante de alegría ante sus amigas—. No sabía si habíais salido con el resto ayer.

—Betty tenía que marcharse ayer, pero se las arregló para ausentarse sin permiso cuando se dirigían al barco. Las dos confiábamos en que no nos mandasen a casa, aquí hay mucho que hacer —cuenta Vivian.

—La enfermera jefe ha ido a defender nuestra causa por última vez. Todavía no estamos a bordo, así que quizá el alto mando sepa ver las ventajas de permitir que nos quedemos aquí, en Singapur, con los que están demasiado enfermos para marcharse —le dice Nesta.

—Ya están subiendo la gente a las lanchas, más vale que se dé prisa —apunta Betty mientras mira la hilera de hombres, mujeres y niños que se están acomodando en las bamboleantes barcas que los llevarán al *HMS Vyner Brooke*. Las bombas siguen acertando en los objetivos, levantando en el mar olas que rompen contra el muelle.

Nesta clava la vista en las lanchas en las que están embarcando los pasajeros.

—Creo que alguien necesita ayuda; vuelvo ahora mismo.

—¿Necesitan que les eche una mano? —pregunta Nesta a Norah y Ena, que intentan dar con la manera de ayudar a John a bajar la empinada escalera para subir a una barca. La lancha está medio llena de pasajeros angustia-

dos, de los cuales unos lloran y otros están paralizados de miedo. Norah siente una mano en el hombro.

Al volverse, ve el rostro risueño de una mujer bajita que luce el uniforme blanco de las enfermeras. Es tan pequeña que Norah se pregunta cómo va a poder ayudarlas, ya que su hermana, su marido y ella son más altos que la media.

—Soy Nesta James, enfermera del ejército austriaco. Soy más fuerte de lo que parezco y me han formado para ayudar a pacientes mucho más voluminosos que yo, así que no se preocupe.

—Creo que nos las arreglaremos —responde Norah—, pero gracias.

—¿Por qué no baja una de ustedes a la lancha mientras la otra y yo ayudamos al caballero y, a partir de ahí, ya se encargan ustedes? —insiste educadamente Nesta—. ¿Ha estado usted en el hospital? —pregunta a John mientras lo coge por el brazo cuando Norah lo suelta.

—Sí —contesta, y deja que la enfermera lo dirija hacia la barca—. Tifus.

En cuanto Norah se encuentra segura en la lancha, Ena y Nesta ayudan a John a bajar mientras su mujer lo sujeta.

—¿No viene usted con nosotras? —pregunta Ena a la joven enfermera.

—Estoy con mis amigas. Esperaremos a la siguiente lancha.

Ena mira alrededor y ve a un grupo numeroso de mujeres que lucen el mismo uniforme.

Mientras la lancha se aleja con Norah, John y Ena a bordo, oyen que alguien canta en el muelle. Las enfermeras, agarrándose por los hombros y erguidas con orgullo, cantan a pleno pulmón, lo bastante alto para acallar la explosión de un depósito de gasolina cercano, que se eleva formando una bola de fuego.

*Ha llegado el momento de decirnos adiós,
pronto estarás surcando el ancho mar.
Mientras estás lejos, no te olvides de mí.
Cuando regreses, te estaré esperando aquí.*

Cae otra bomba en el muelle.

Olive Paschke, la enfermera jefe, ve a Nesta.

—La enfermera jefe Drummond ha exhortado por última vez a las autoridades a que nos permitan quedarnos aquí para atender a nuestros soldados, pero el teniente le ha dicho que han denegado nuestra petición.

—Valía la pena hacer un último intento, ¿no crees? No me parece correcto abandonarlos cuando es más probable que nos vayan a necesitar. ¿Cómo se lo tomó la enfermera jefe?

—De la única manera posible, se limitó a mirarlo con las cejas enarcadas —responde la enfermera jefe Paschke—. Si hubiese dicho lo que pensaba, se habría metido en un lío.

—Lo que significa que no lo acepta, pero acatará la decisión a regañadientes. No habría esperado menos de ella. —Nesta sacude la cabeza.

—Venga, vamos a por el resto. Creo que somos las últimas en salir.

Una vez a bordo del *HMS Vyner Brooke*, la enfermera Vivian Bullwinkel las entretiene con sus conocimientos del barco.

—Se llama así por el tercer rajá de Sarawak y ahora que la Marina Real británica lo ha requisado se le añade el HMS. Por lo general llevaba únicamente doce pasajeros, pero contaba con una tripulación de cuarenta y siete miembros.

—¿Tú cómo sabes todo esto? —pregunta Betty.

—Cené con el rajá, ¿qué te parece? Ya lo sé, yo, la buena de Vivian Bullwinkel, de Broken Hill, cenando con el rajá. No sola, desde luego, había más gente.

—Ay, Bully, solo tú añadirías esa última parte; las demás lo dejaríamos en «cené con el rajá» —apunta Betty, riéndose de su amiga.

Cuando la última enfermera ha subido a bordo, el capitán da la orden de izar el ancla y avanzar con precaución. Sabe que más adelante hay campos de minas británicas y supondrán una amenaza tan grave como el enemigo que domina el cielo.

Mientras el sol se pone, los pasajeros ven cómo arde Singapur, las bombas, los proyectiles y los disparos incessantes. Norah, John y Ena se alejan de la cacofonía y escuchan la dulce voz de las enfermeras australianas, que, por encima del ruido que señala la muerte de una ciudad, cantan en cubierta. Y durante un instante es todo cuanto oyen.